

Sobre la portada

La fotografía que aparece en la portada del presente número forma parte de una colección de documentos construida por Flavio Guillén, quien fuera gobernador de Chiapas entre 1912 y 1913. Su arribo a la primera magistratura de la entidad se dio en medio de una relativa desvinculación entre los procesos locales y la gesta revolucionaria que se había extendido por el centro y norte del país.

Ni la campaña maderista, ni las fases iniciales del movimiento tuvieron un impacto profundo en Chiapas, pues tanto la formación de clubes antirreleccionistas, como la tardía adhesión al programa de Francisco I. Madero en distintas partes de la entidad, respondieron a las pugnas existentes entre fuerzas e intereses internos, más que a la adopción del ideario que se proponía como alternativa al continuismo porfirista.

Esta situación ha llevado a afirmar que la revolución no pasó por Chiapas, cuando quizá sería mejor invertir el punto de partida y colocar como eje del análisis los aparentes desvíos de una normalidad revolucionaria que las historiografías de las entidades echan por tierra. Los mitos que se han construido alrededor de la revolución mexicana favorecen la idea de que se trató de un proceso homogéneo; su carácter fundacional, que por lo demás lo tiene, se ha confundido con la unificación de dinámicas sociales y quienes escapan al modelo resultante son ubicados en una franja de excepción.

En la medida en la que discrepo de esta interpretación de las trayectorias locales y me inclino por revalorar su especificidad, prefiero pensar que el cruce entre las historias nacional y estatal significó que a las dificultades para instaurar un nuevo poder en el plano federal, se sumasen contradicciones chiapanecas de larga data. Aun cuando diferentes grupos locales aseguraban pertenecer al maderismo y reclamaban de este el apoyo necesario para derrotar a sus rivales, la realidad es que su participación política y militar en la caída de Porfirio Díaz había sido escasa o nula.

Como resultado de todo ello, una complicada madeja de acontecimientos propició el ascenso y caída de varios gobernadores antes de que Flavio Guillén asumiera el cargo. Cuando este último llegó a Chiapas la "situación no podía ser más desesperada"; la división entre las elites locales se había territorializado en dos grandes polos representados por Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las

Casas y “se manifestaba por un odio rencoroso y cruel que se traducían en asesinatos, vapulaciones, despojos e incendios de casas y propiedades”.¹

En septiembre de 1911, unos y otros habían escenificado un enfrentamiento armado a propósito de las votaciones para integrar la XVII Legislatura local y para elegir al gobernador constitucional del estado. El conflicto llegó a su fin con la intervención de las fuerzas federales,² pero el ambiente que encontró el nuevo gobernador en febrero de 1912 seguía siendo de discordia.

En este marco³ deben ubicarse las luces y sombras de las que emerge nuestra escena fotográfica captada en abril de 1912; quienes posaron para ella, quien realizó el registro, quien la imprimió y quien la guardó y colocó entre sus *Recuerdos*, dejaron para la posteridad vestigios de uno de los tantos fragmentos tempo-espaciales que, al conjuntarse, dan vida a los procesos históricos.

El instante que aprisionó la lente corresponde al regreso de la columna expedicionaria enviada por el gobernador Flavio Guillén para sofocar una revuelta en Ocosingo. Sabemos que regresaron victoriosos y que el gobernador así lo informó a Madero en un mensaje publicado por *El Diario*:

Tengo el honor de poner en conocimiento de usted que de Ocosingo [*sic*] y Comitán se me comunica telegráficamente, que ayer a las cuatro de la mañana los revolucionarios encabezados por Espinoza Torres, doctor A. Robles del Campo, Astrolavio, Guerra y Antero Ballinas, con 200 hombres vitoreando a Vázquez Gómez y con mueras al señor presidente de la república atacaron plaza Ocosingo [*sic*] defendida por 25 voluntarios, 18 federales y cinco soldados fuerza seguridad [*sic*] y después de dos horas de combate los revoltosos fueron derrotados completamente dejando cuatro muertos, cinco caballos, rifles, parque y papeles de importancia.⁴

¹ Flavio Guillén, *Para mis hijos: recuerdos autobiográficos redactados y coleccionados en Guatemala, el año 1914, segunda quincena de octubre*, manuscrito, p. 144.

² “Los tratados de paz hicieron perder a los sancristobalenses el recurso del estado de sitio; los tratados de paz diéronle legalidad al señor Rovelo puesto que fue reconocida su autoridad”, escribía en 1912 el general Eduardo Paz, quien, al mando del batallón 19, representó a las fuerzas federales y derrotó a los insurrectos, obligando el reconocimiento del gobernador a cambio de una amnistía general. Eduardo Paz, *La cuestión económica y política local en Chiapas*, México, s. l., s. e., 1912, pp. 42-43.

³ Los procesos que se vivieron en Chiapas durante este periodo son más complejos de lo que pudiera mencionarse en unos cuantos párrafos. Para quien esté interesado en profundizar en ellos, se pueden consultar otros trabajos en los que los he desarrollado con mayor amplitud: Diana Guillén, *El maderismo en Chiapas. Matices regionales del acontecer revolucionario*, México, INEHRM, 1994 (colección Premio Salvador Azuela); “Arreglos nupciales, iras santas y disputas regionales: apuntes para la microhistoria de Chiapas”, *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, Instituto Mora, nueva época, núm. 47, mayo-agosto de 2000; “Centralidad política, votos y balas: Chiapas, 1911”, *Argumentos*, UAM-Xochimilco, diciembre de 2003-abril de 2004, México.

⁴ “Sofocó la rebelión el gobernador de Chiapas”, *El Diario*, México, D. F., 17 de abril de 1912.



Nada de eso se desprende por sí solo de los rostros de los expedicionarios que flanquean al gobernador en el patio del palacio de gobierno; dicho recinto se ubicaba en la capital establecida a partir de 1892 en Tuxtla Gutiérrez a pesar de las airadas protestas de los *coletos* (apelativo con el que se conoce a los que nacieron en San Cristóbal de la Casas) que veían en su ciudad la única capital posible, pues así lo había sido desde la fundación de la ciudad real en 1528.⁵

Tampoco la puerta abierta que permite observar en un tercer plano a dos hombres de traje mirando hacia la cámara como si formaran parte de la escena, pero no fuesen actores protagónicos de la misma, o las dos columnas que se yerguen a los costados de la entrada bastan para captar los antagonismos sobre los que se construyó la nueva sede de los poderes trasladados⁶ o las pugnas que vivían las elites revolucionarias en el centro del país y que se entrelazaban con las de las elites chiapanecas.

Sin embargo, el tabique, la piedra, las figuras humanas, la ropa, el calzado, los sombreros, las armas que portan algunos de los retratados, e inclusive la botella de cerveza colocada sobre una saliente de la columna izquierda, constituyen referentes materiales de un interactuar impregnado de conflictos; con excepción de Flavio Guillén, desconozco el nombre y/o actividad de los hombres que allí aparecen, pero aventuraría como hipótesis que algunos de ellos formaban parte del gobierno local, mientras que otros representaban a los integrantes de la columna que había triunfado en Ocosingo.

Si observamos con detenimiento, encontraremos en un primer plano al gobernador y a ocho personas más; la primera de izquierda a derecha aparece recortada y sólo quien se encuentra en el costado izquierdo del titular del ejecutivo y este último no llevan cruzada en el pecho por lo menos una canana, ni están armados. El resto, todos de pie, portan con orgullo sus instrumentos de batalla, incluidos los rifles de los que, podemos suponer, se valieron para enfrentar a los insurrectos de Ocosingo.

Tanto su atuendo como la ubicación que tienen dentro de la fotografía hacen pensar que eran parte de la expedición que regresaba victoriosa; atrás de ellos, en un segundo plano, cobijados por las columnas de la entrada, dos civiles y un militar ven a la cámara, al igual que un tercer civil, de actitud displicente y con la pierna cruzada.

Además de los personajes anteriores, se pueden distinguir atrás de la primera fila a cuatro civiles del lado derecho (uno más bien se adivina, porque quienes

⁵ *Traslación de los poderes públicos del estado de la capital San Cristóbal de las Casas a la ciudad de Tuxtla Gutiérrez*, Chiapas, Imprenta de los Chiapanecos Libres en la Frontera a cargo de Celso Costa, 1892.

⁶ Antes de 1892 los poderes se habían trasladado sólo provisionalmente de San Cristóbal de las Casas a Tuxtla (1834-1835; 1858-1861; 1864-1867) fungiendo entonces la casa consistorial como palacio de gobierno.

están adelante lo tapan por completo y sólo sobresale su sombrero) y a otro del lado izquierdo. ¿Habían sido invitados a formar parte de la escena? La manera en que dirigen su atención hacia la cámara y la cercanía con el resto del grupo hace suponer que sí, pero las dos columnas que abrigan a aquellos que no cabían en el semicírculo principal me hace dudarlo.

En todo caso, fuesen expedicionarios desarmados, integrantes del gobierno local o simples testigos que al acercarse quedaron atrapados por la lente, su presencia en la albúmina de 18.51×13.11 que Flavio Guillén utilizó para dejar constancia física de un recuerdo titulado por él mismo “Al regresar la columna expedicionaria de Ocosingo”, los convierte en partícipes del rito fotográfico que registró el momento y que a casi un siglo de distancia nos permite asomarnos al mismo.

Diana Guillén
INSTITUTO MORA